

mayor el mucho y fosco pelo obscuro. Mi cuello no posee la ondulación cisnea, ni la dignidad de una estela de marfil sobre los hombros de una Minerva clásica. Mis pies y mis manos son demasiado chicos ante la proporcionalidad estatuaría, y mis brazos mórbidos y mi pierna nerviosa miden un tercio menos de lo que deben medir para ser aplicables á una Febe.

Empiezo á vestir mi desnudez, y cada prenda me consuela y me reanima. La camisa, casi toda entredoses, nuba mis formas prestándolas vaporoso misterio, y haciendo salir los brazos de entre la espuma, mucho más gentiles que los brazos forzudos de la Palas lancera. Al jugar el calado de sedosas transparencias sobre el tobillo menudo de española que poseo, me figuro que es imposible acordarse de la extremidad inferior de la Cazadora. El corsé de raso mate, bordado, guarnecido de valencien-nes, se adapta á mi torso, ciñe y recoge mi vientre pequeño, emplaza mis senos vírgenes, y más abajo, la falda de surá complica sus adornos ligeros, ricos sin parecerlo, y diseña la silueta de la flor de la datura, arriba hinchado, capullo, abajo despliegue de una campana ondulante. Sospecho que no hay razón para deplorar que el tronco de la Dea de Milo parezca, á mi lado, el de un fuerte púgil.

Labrada la fácil arquitectura de mi moño, de mi tupé sombrío que avanza sobre los ojos haciendo de su expresión un enigma, clavo en él un ave de pedrería, unas espigas que radian diamantes alrededor de mi cabeza, ó dos auda-

ces plumas de pavo real que divergen y me flechan de esmeraldas, ó un mercurio de roca antigua, cuyas alas picantes dan á la testa la inquietud del vuelo. El traje, sin faralacs, adherido, recamado, cae como veste solemne hasta cubrir enteramente los pies, derramán- se en rebordes artísticamente severos sobre la alfombra. Es el peso de sus bordados bizantinos, de oros rojos, verdosos, apagados, sonrosados, lo que produce esa línea de mosaico de Rávena ó miniatura de misal. Sobre el lujo á la vez violento y sobrio del traje, y realzando su curiosidad, la salida de teatro, también pesada, descende arrastrada por sus flecos de irisado vidrio y sus rebordaduras complicadas, de matices sabiamente combinados. De mi cuello penden los hilos de perlas, que he dispuesto á mi manera y que bajan hasta la cintura. Ninguna otra joya, excepto las sortijas, enormes, en los pulidos dedos. Los dedos de mis manos— y hasta los de mis pies—son para mí objetos de un antiguo culto. En mis escaseces de Alcalá, cuántos sacrificios para no deshonrarme las manecitas! Uso perpetuo de guantes de algodón en las faenas caseras, y derroche de una pasta para suavizar y adobar la piel. Ahora, abuso de los estuches atestados de cachivaches de plata con mis cifras, de las infinitas limas, las tijeras de todas las formas y curvaturas, los bruñidores y pinzas, los botes de cincelada tapa que contienen mudas y blandurillas para acen- tuar lo rosado de mis uñas, y conservar la se- dosidad de mi piel.

Ya revestida de mis galas, me sitúo de nuevo ante los espejos que me reflejan, y trato de definirme. Mi figura es una de tantas como la moda actual, artísticamente páfida y reveladora, troquela en sus moldes. Tiene trazos graciosos, y la tela, al ajustarse estrechamente á caderas y muslos, marca líneas de inflexión gentil; pero lo mismo les sucede á casi todas las que se visten de este modo, á menos que sean cincuentonas, ó su estructura se base en el tocino ó la cecina. ¡Ni soy torcida, ni obesa, ni flaca, y esto es todo lo que el espejo me dice!

Mi cara... La consulto como se consulta á una esfinge, preguntándola el secreto psicológico que toda cara esconde y revela á un tiempo. Sombreada por el tejadillo capilar en el cual titila un diamante montado en tembleque, mi cara, más bien descolorida, ni es ni miamente correcta, ni irregular de facciones. No tengo un lado de la cara distinto del otro, como sucede á tanta gente. Mi tez es de una vitela sólida, sin granos, pecas, barros ni rojeces. Mis cejas forman doble arco elegante. Mis ojos, color café, al sol, recuerdan una de esas piedras romanas en que parece que hierven partículas derretidas de oro. Mi boca es mediana, no bermeja; pero los dientes, de cristal más que de marfil, la alumbran, y no la sombrea bozo. Los labios tienen un diseño intenso, y gracias á él, siendo carnosos, no llegan á sensuales. Mi faz es larga; la nariz la caracteriza aristocráticamente.

No llamo la atención desde lejos. De cerca,

puedo agradar. Nunca he creído en el triunfo de las perfectas. Además, soy de las mujeres de engarce. Lo que me rodea, si es hermoso, conspira á mi favor. El misterio de mi alma se entrevé en mi adorno y atavío. Esto es lo que me gusta comprobar lejos de toda mirada humana, en el tocador radiante de luz, á las altas horas de la noche silenciosa, extintos los ruidos de la ciudad. Las perlas nacaran mi tez. Los rubíes, saltando en mis orejas, prestan un reflejo ardiente á mis labios. Las gasas y los tisúes, cortados por maestra tijera, con desprecio de la utilidad, con exquisita inteligencia de lo que es el cuerpo femenino, el mío sobre todo—he enviado al gran modisto mi fotografía y mi descripción—me realzan como la montura á la piedra preciosa. Mi pie no es mi pie, es mi calzado, traído por un hada para que me lo calce un príncipe. Mi mano es mi guante, de Suecia flexible, mis sortijas imperiales, mis pastas olorosas. Toda yo quiero ser lo quintaesenciado, lo superior—porque superior me siento, no en cosa tan baladí como el corte de una boca ó las rosas de unas mejillas—sino en mi íntima voluntad de elevarme, de divinizarme si cupiese. Voluntad antigua, que en mi primera juventud era sueño, y ahora, en mi estío, bien puede convertirse en realidad. Para mí ha de aparecer el amor cortado á mi medida, el dueño extraordinario, superior á la turba que va á asediarme, que empieza á olfatear en mí á la heredera poderosa y á la mujer inexperta socialmente, fácil de cazar. ¡No tanto, seño-

res!—No soy una heroína de novela añeja. Invariablemente, en ellas, la protagonista, millonaria, se aflige porque sus millones la impiden encontrar el amor sincero. Pienso todo lo contrario. Esta inesperada fortuna me permitirá artistizar el sueño que yace en nuestra alma y la domina. Como el inteligente en arte que, repleta la cartera, sale á la calle dispuesto á elegir, yo, armada con mi caudal, me arrojaré á descubrir ese ser que, desconocido, es ya mi dulce dueño. Y aparecerá. El también poseerá su fuerza propia. Será fuerte en algún sentido. Algo le distinguirá de la turba; al presentarse él, una virtud se revelará; virtud de dominio, de grandeza, de misterio. Las cabezas se inclinarán, ó los ojos quedarán cautivos, ó el corazón se descolgará de su centro, yéndose hacia *él*...

Pensando en *él*, prolongo mi estación ante el tocador, y las lunas altas, límpidas, copian mi cara expresiva, mis ojos ansiosos, mi busto brotando del escote como un blanco puñal de su vaina de oro cincelado... Y pruebo más trajes; uno azul, del azul de los lagos, bordado de verdes chispas de cristal y largas cintas de seda crespada, y otro blanco, en que se desflecan orlas de cisne, y otro del tono leonado de las pieles fulvas, transparente, bajo el cual se trasluce un forro de seda naranja, azafranoso... Y me sonrío, y entreabro abanicos, y juego á prenderme flores, y vierto por el suelo esencias, y, por último, rendida, arrojo aprisa mis galas, y estremecida por la horripilación del

amanecer, corro con los brazos cruzados sobre el pecho á refugiarme en mi cama, donde me apelo tono, me hago un ovillo, encogida, trémula de cansancio, con los pies helados, la cabeza febril...

IV

Al empezar á crecer los días, remanece la idea de irme á Alcalá una semana, á ver á mis viejos amigos. Se combina este propósito con mis maliciosos recelos. Es indudable que esos arrinconados y modestos señores, que no me han hecho en tres ó cuatro meses ni una visita, poseen la clave de mi historia, saben lo que yo todavía no comprendo, lo que inútilmente busqué en el armario de papeles. Farnesio es impenetrable; nada le arrancaré; cada día se difumina mejor la verdad en las nieblas de su habla sobria. El secreto, sin embargo, no puede ser verdadero secreto, ya que lo han conocido, por lo menos, tres personas: Farnesio, Carranza, y Roa, el fallecido.

Dispongo mi viaje. Nada de aparato; me alojaré en la casa que tantos años habité, y que ahora es mía, y me servirá Sidra, la misma Maritornes de antaño... La tengo allí al cuidado de los muebles. ¡Vaya unos muebles! El cocinero, eso sí, enviará todos los días la comida, y un pinche encargado de presentarla.

Invitaré al canónigo; se le soborna por la

boca: es amigo de la mesa. Malo será que no se descorra el velo. Una circunstancia, al parecer insignificante, acrece mi curiosidad ardorosa. Con motivo de las formalidades de testamentaria, he visto mi partida de bautismo. Fui bautizada en Segovia. Y mis nombres de pila son: Catalina, Natalia, Micaela... He interrogado á Farnesio, como al descuido:

—Si me llamo Catalina, ¿por qué me han llamado Natalia?

Ligera rubicundez, tartamudeo.

—¡Porque Natalia... es más bonito! Es decir, supongo que sería por eso,—añade, ya aplomado—pero es imposible averiguarlo, no habiendo medio de preguntárselo á tus padres!

—Pues desde hoy, Catalina vuelvo á ser.

En mi saco, guardo una maravilla de arte que pretextará mi excursión por el deseo de que mis amigos la vean y estudien. Es una medalla que parece del XV. La descubrí en el oratorio de doña Catalina, churreteada de cera y protegida por un vidrio oval y un marco indecoroso, de coral basto y recargada filigrana.

Visto un luto sencillo, y me voy á la estación completamente sola. Saboreo la confusa sorpresa de encontrar que un cambio tan capital en mi suerte no altera mis impresiones. Como siempre, me embelesa el paisaje, que la primavera empieza á realzar con tímidos y blanquecinos toques verdes, con idealidades de acuarela (la primavera es acuarelista). La sensación tranquila y señorial de Alcalá es la misma, igual la impresión de limpieza de sus aceras de ladrillo

y su caserío claro. Á pie voy desde la estación á mi casa. Cerca del bulto de bronce de Cervantes, ¡castizo bulto! me cruzo, casi á la puerta de mi domicilio, con las hijas del Juez, las que me ponían motes. De sorpresa, se inmovilizan. Me devoran, con mirar hostil. Luego, con aire de sufrimiento, vuelven la cara. Voy ataviada sin pretensiones ningunas, pero mi toca negra es parisiense, mi sotana de casimir, del gran modisto, mi luto una apoteosis. Mi bolsita de cuero negro luce inicial de chispas. El dinero es tan difícil de ocultar como la pobreza. ¡Qué de envidias! ¡Qué de charlas chismosas! ¡Cómo rabiarán!

Vuelta á ver mi casita, me hace el efecto de uno de esos lugares donde estuvimos de niños, y que juzgábamos mucho mayores. Sidra me acoge con una mezcla de resabios familiares y terror respetuoso. ¡Su señorita, la que la regañaba por diez céntimos mal administrados! ¡Y ahora, no saber adonde llega mi fantástica fortuna!

—Bueno, Sidra, cállate, barre mucho, friega mucho... Traerán la comida de Madrid; tú enciende el fogón, para que la calienten... Y manda un chiquillo á avisar al Sr. Doctoral y á D. Antón. ¡Que almuerzan conmigo! Y si le estorbase al Sr. Doctoral almorzar, por las horas de coro, que le aguardo á las tres para el café, y que cenará aquí.

Ninguno pudo acudir á almorzar. Á las tres, llegaron radiantes. Intentaron un retrasado pésame, que sonaba á enhorabuena.

—Déjense de niñerías. Ya sabemos que esto es motivo de felicitación—advertí.—No lo oculten, puesto que lo piensan.

Se rieron. Lei en sus caras la satisfacción de verme, y de verme tan dichosa, sin género de duda. Yo también reía. Fué un momento sabroso, en que revivieron los tibios afectos y las intimidades apagadas del pasado.

Empecé á hartarles de café extraordinario, de ron muy viejo, de licores primera marca. ¡Bastante agua chirle les había dado en mi vida!

—¿Se acuerda usted, Carranza, de cuando me regalaba usted, de tiempo en tiempo, una librita de molido, porque misrecursos...? ¿Buen cambiazó, eh? ¿Qué tal, si le hago á usted caso y entro monja? No, no se excuse; su intención era buena, de fijo. Las circunstancias mandan en nosotros. Viviendo Dieguito Céspedes, yo estaba mejor emparedada...

El canónigo sonreía de un modo pacato, mirándose los rollizos pies, que asomaban calzados de vaca reluciente, con plateada hebilla.

—Sin embargo—añadí—, Dieguito y yo cabíamos en el mundo. ¿Qué estorbo le hacía esta infeliz? Mi pensión, de dos mil pesetas, no mermaba su caudal. Y usted sabe que yo era incapaz de pedir más, de molestar á mi...

—A tu respetable tía doña Catalina—atájó el ladino y erudito eclesiástico—. De sobra conocemos tu delicadeza. Pero, Nati, eso del monjío y la mesada son viejas historias. Casi prehistoria, niña. Doña Catalina Mascareñas te ha dado

una prueba bien estupenda de su cariño, y nosotros, contentísimos de que lo haya heredado nuestra Natalita—porque supongo que nos permites llamarte así.

Lo dijo con tono ahidalgado, con esa seca y grave cortesía castellana, que rebosa dignidad.

—Lo único que no permito es que me llamen Natalia. Catalina me pusieron en la pila. Llámame Lina, ¿eh? ¿Convenido?

—Corriente... ¡Lina, consejo de amigo antiguo! Yo intenté, hace tiempo, darte un esposo sin tacha. Ahora, escógetelo bien tú... Mira lo que vas á hacer...

—¡Esto ya no se puede sufrir!—grité afectando indignación—. Ayer me quería usted meter entre rejas, hoy casarme. ¿De dónde saca usted...?

Desde su rincón, D. Antón de la Polilla me hacía misteriosos guiños.

—No te vas á quedar vistiendo santos... No es bueno para el hombre vivir solo. ¿Qué diremos de la mujer?

—La mujer que posee un capital, debe considerarse tan fuerte como el varón, por lo menos—sentencié.

—A veces—arguyó el Magistral—el dinero es un peligro. ¡Expone á tantas cosas!

—A mí, no—respondí tranquilamente—. A ustedes les consta que he cursado en las aulas de la necesidad. No hay doctora complutense que me pueda enseñar esta asignatura. Y he visto que las pobres no infunden pasiones.

—De todos modos... Polilla, déjese usted de

hacer morisquetas, y ayúdeme. ¿No cree usted también que Nati... digo, Lina... debe casarse?

—Hay—enfaticó el volteriano—una ley imperiosa, grabada por la naturaleza en nuestros corazones, que nos manda amar.

—¿Ha recogido usted alguna estela donde se inscriba esa ley?—pregunté malignamente—. ¿Y se ha enterado usted de que no hablábamos de amor, sino de matrimonio?

—Hija mía—baboseó el vejete—, eres pesimista de sobra. Dices que tu pobreza... Yo he visto á más de un teniente pasear esta plaza mirando hacia tus balcones.

—Era su deber, como las guardias. ¿Qué hace un teniente aquí, si no mira á los balcones? Me miraban... como se mira al mar cuando no hay propósito de embarcarse.

—Insisto, Lina—decretó Carranza—. Necesitas sombra.

—Tengo á Farnesio... Me sombreará, como sombreó á doña Catalina.

El golpe era traicionero. Estudié la fisonomía de Carranza, aquella faz de medalla romana, de papada redondeada y labios irónicos á fuerza de inteligencia. Juraría que se alteró un poco.

—¡Farnesio no es... pariente ni deudo tuyo!... Se necesita familia...

—Se necesita querer—mosconeó Polilla, sentimental.

—¡Tiene gracia! Usted, Carranza, sin familia vive, y hecho un papatache... Y usted, don Antón, no supongo que haya sido un Amadís...

Pero, en fin, si á querer vamos, le querré á usted. Capaz soy de ofrecerle mi blanca mano.

¡Ridiculez humana! Polilla se emocionó. Su cráneo pequeño, raso y satinado como manzana camuesa madura—excepto el cerquillo gris que orla el cogote y trepa hasta la sien—, se sonrojó como el camarón cuando lo echan en el agua hirviendo. Y el caso es que comprendió la chanza y la devolvió.

—Aceptado, Linita... Carranza, bendíganos, aunque eso en mis principios no entra.

Le miré con afecto, con dejos de añoranza... Los dos señores eran mis iniciadores intelectuales. Por ellos podía yo saborear más conscientemente las mieles de la riqueza. En este pueblo decaído, entre estos amigos trasconejados, sazonados con especias de sabiduría, yo fuí abeja libadora de secretos y curioseadora de flores marchitas, todavía olientes. Por dentro, había vivido más intensamente que las fátuas cuyo nombre traen y llevan los revisteros de salones. Sonreía de gozo ante mis maestros. El Magistral, ceremonioso y malicioso, enemigo de quimeras, antiromántico, con su fisonomía más ancha abajo que arriba, sus ojos agudos tras los espejuelos, su azul barbilla rasurada, su entumecimiento orientado hacia las fuentes claras y cristalinas del clasicismo nacional; Polilla, vivaz como un roedor y tierno como un palomo, con su geta color de hueso rancio, su bigotillo cerdososo, sus dientes semejantes á teclas viejas que enverdeció la humedad, su terno color ocre, su corbata con rapa-

cejos y sus botas resquebrajadas, representaban la luz de mi conocimiento, la formación de mi mentalidad; yo les era superior, no en el saber, sino en el sueño... Mientras saboreo la cordialidad de mi emoción y la nostalgia inevitable del pasado, no pierdo de vista mi propósito.

¡Es evidente que nada sacaré de Carranza! El único que se entregará es Polilla.—Hay que quedarse sola con él.

La casualidad lo arregla. Vienen á traer al Magistral un recado urgente del Deán. Intrigas, cabildeos. Carranza responde que va en seguida, pero no querría marcharse sin ver la placa del XIV ó del XV que le he anunciado. Cuando se la presento, libre de marco y cristal, limpia, prorrumpo en exclamaciones.

—¡Qué portento! ¡Pero de dónde sale esto! ¿Dices que del oratorio de la señora de Mascareñas? Naturalmente, como que es su Patrona, Santa Catalina de Alejandría... ¡Pero no haberla visto yo!

—¿No entró usted nunca en el oratorio de la señora?

—No, jamás—responde, con su estudiada reserva de camarlengo del Papa—. Apenas si fui allá dos ó tres veces á visitarla, por asuntos de administración, pues quiso tu tía encargarme de la hacienda que hoy posees en Alcalá. ¡Pero figurate mi júbilo! Casualmente (dedicada á la señora de Céspedes), tengo yo escrita una relación de la vida de esa santa. Pensaba ofrecérsela, pero Dios dispuso...

—¿La vida de la filósofa? Dedicuémla usted á mí. Haremos que vea la luz.

—¡Lina, eres toda una señora! No sé como agradecerte...

—La placa—interrumpí yo—¿será del XIV?

—Del XV—intervino Polilla. ¿No nota usted el plegado del traje? Y el procedimiento del esmaltado... Y todo, todo...

—La Santa debía de ser muy elegante...

—Vaya... ¡Refinadísima!

—Mañana, despacio, por la tarde, me leerá usted la relación, y repito que la edición corre de mi cuenta.

Se dilató el semblante del erudito. Ya se veía empaquetando ejemplares para enviar á los académicos que á veces le escriben, no más que para consultarle cosas de Alcalá y sus contornos. Ahora verían que puede dominar otros asuntos su pluma.

—Leeré—dijo—únicamente lo narrativo. Las notas serían enojosas. Quedan para la impresión.

—Bien pensado.

Y me dejó sola con D. Antón de la Polilla.

V

No necesito diplomacia, ó por lo menos, no necesito astucia con éste amigo, cuya boca no sufre candados.

—Me estaba riendo, D. Antón, de los guiños que usted me hacía.

—Ya, ya lo noté... ¡Ese Carranza! ¡Qué clérigos! Antes, empeñado en meterte en un claustro, y ahora... ¡Vamos, son criminales; no reconocen ley moral desde el momento en que se ordenan!

Le llevé la corriente.

—En efecto, á mi me parece que eso no está bien, y lo que más me fastidia, Polillita, de los eclesiásticos, es el prurito del disimulo; la falta de franqueza. Carranza tiene la manía de hacer misterio de todo; de tonterías sin importancia.

—Una chifladura... Lo menos se cree en las antecámaras del Vaticano, revolviendo el guiso negro de aquella diplomacia. ¡Oh! ¡Qué cosa más artística, confitarse en discreción! ¡Prodigar detalles sobre lo que pasó hace dos mil años, y guardar una reserva ridícula, sobre lo que ha sucedido ayer, y, además, no importa nada absolutamente!

—¿Qué fin se llevará en eso la gente de iglesia, D. Antón? ¿Á qué vendrá tal arte de maquiavelismo?

Polilla frunció la boca y enarcó los dos hopitos de las cejas.

—¡Ay, hija mía! No dudes que algún fin llevan; que ese sistema de disimulo les da buen resultado. No hay como ser zorro. En estos zorrillos se fía la gente. En un hombre franco, no. Ya verás, ya verás si Carranza se las arregla para buscarte novio de su mano; y claro, después mandará en tu casa y en tí y satisfará sus ambiciones. No tengas miedo de que se pierda! Pero yo trataré de madrugar y defenderte...

—Usted es muy buen amigo—declaré.

—No, no vayas á creer que no nos estimamos el Magistral y yo. Como digo una cosa digo otra. Entablé á mi vez el elogio de Carranza.

—¡Oh! ¿Qué me va usted á contar? Es persona que vale mucho. También D. Genaro Farnesio es excelente y parece que me quiere de verdad. Y... ¿conoce usted á D. Genaro?

—Sí, desde hace muchos años. Alguna vez se ha dejado caer por aquí, con motivo de asuntos administrativos de doña Catalina. Cuando tú eras niña, venía bastante amenudo. Era el tiempo en que cuidaba de ti aquella Romana, la que luego se puso tan enferma que fué preciso enviarla á su pueblo, á Málaga, donde murió. Después te colocaron de interna en un colegio de Segovia. Y luego, cuando fuiste mayor, te trajeron aquí, con una bruja vieja que se llamaba doña Corvita. Ya te acordarás: estaba medio ciega y hacías de ella á tu capricho.

—¿Y mientras estuve en Segovia yo, también venía por aquí el señor de Farnesio?

—Déjame recordar... No; se me figura que por entonces no venía.

—Ese apellido de Farnesio debe de ser ilustre. D. Antón, usted que todo lo sabe, ¿conoce el origen de ese apellido?

—Hay una dinastía de príncipes que lo han llevado, pero el Sr. D. Genaro no procede de esos príncipes, sino probablemente de la aldea de Farneto, de donde los Farnesios eran señores, y daban su nombre á los aldeanos, como ha sucedido también algunas veces en Espa-

ña. Esto de los apellidos engaña mucho. Los hay que suenan y no son; y los hay que son y no suenan. ¿Crearás que, por ejemplo, el de Polilla es de los principales apellidos castellanos? Los Polillas, según he podido rastrear en Godoy Alcántara, venían de...

—¡Sí, sí, lo recuerdo!—exclamé evitando que aquel enemigo de toda preocupación nobiliaria me espetase su genealogía—. Pero se me ocurre: D. Genaro Farnesio, ¿es italiano?

—El, no. Lo era su padre.

—Y á su padre ¿le conoció usted también?

—Precisamente conocerle, no. Supe que era cocinero del señor de Mascareñas, el padre de doña Catalina. D. Genaro nació en la casa.

—¡Qué bien enterado está usted siempre, Polillita! Es un gusto consultar á usted.

Sonríe, halagado, enseñando las teclas añejas de su dentadura.

—¿Diga usted—porfío—, D. Jenaro viviría siempre con los señores de Mascareñas?

—No por cierto. Tendría veintitrés años cuando, acabada su carrera de abogado, empezó á rodar por ahí, empleado en Oviedo, en Zamora, en León, en secretarías de Gobierno civil y varios destinos.

—¿No se casó nunca? Yo me figuraba que era viudo.

—Solterón, como yo...—se ufano Polilla.

—Le parecerá raro que esté tan mal enterada, pero usted no ignora qué poco le he visto, y me conviene saber, para conocer los antecedentes de una persona hoy tan allegada. Al fin,

Farnesio va siendo mi brazo derecho, como fué el del Sr. de Mascareñas... y del Sr. de Céspedes, el marido de doña Catalina.

—¿Brazo derecho? ¡Quiá! En vida de esos señores, Farnesio no administraba. Cuando doña Catalina enviudó, á los cinco años de matrimonio, siendo Dieguito una criatura, es cuando vuelve á la casa Farnesio, para arreglar el maremagnum de la testamentaria y mil cuestiones y pleitos que intentó la familia de Céspedes. Y como doña Catalina no se daba mucha maña, Farnesio se hizo indispensable. Eso sí: es honrado á carta cabal, y entiende el busilis. En sus manos, debe de haber crecido como la espuma la fortuna de Mascareñas. ¡Mejor para tí, hija mía! Todo esto lo sabe Carranza... ¡Apostemos á que no te lo dice!

—Pues no veo en ello ningún secreto de Estado. Y... á propósito... Y á mis padres, ¿les ha llegado usted á conocer?

—Personalmente, tampoco... ¿Cómo quieres? Pero hay noticias, hay noticias.

—Vengan .. ¡Pobrecitos papás míos!

—Tu papá, D. Jerónimo Mascareñas, era hijo de un primo hermano del padre de doña Catalina. El tal primo hermano, tu señor abuelo, perdió hasta la camisa en el juego y otras locuras. Total, que á sus hijos les dejó el día y la noche. A tu padre le atendió doña Catalina muchísimo. Bueno fué, porque pasaba cada crujida... ¿Oye, no te parece mal?

—¡Amigo Polilla, qué pregunta! ¿Pues no he sido yo pobre tantos años?

—Tienes razón... La pobreza enaltece... Rodando y rodando, tu papá conoció á una señorita muy guapa, estanquera en Ribadeo... Dicen que propiamente una imagen... Era enfermiza, la desdichada. Falleció al nacer tú, ó poco después, que eso no lo sé de positivo. Ello es que de tí se hizo cargo, por orden de doña Catalina, el Sr. Farnesio, que te puso ama y te dejó al cuidado de ella, en tierra de Segovia. Pero esto ya lo sabrás tú muy bien. ¿Que te estoy contando?

—No lo crea. Los recuerdos de la niñez son confusos. Sé que mi padre también murió joven.

—No tan joven, pero no viejo. Sobrevivió á su mujer, y aun decían si había vuelto á casarse; pero salió mentira. La gente, amiga de catálogos, chismorreaba que había jurado no verte, porque le recordabas á su santa esposa. Esto también lo creo fábula. Lo seguro es que, como le dieron un cargo allá en Filipinas, donde cogió la disentería que acabó con él, no tuvo tiempo de venir á hacerte fiestas. La protección de doña Catalina le tranquilizaba respecto á tu suerte.

—Por lo visto mi papá era una cabeza de chorlito, como el abuelo. Y hasta parece que...

—Hice ademán de alzar el codo.

—Ya que estás enterada...—baluceó, turbadísimo, D. Antón.

—Los que tienen esa costumbre y van á Filipinas, dejan allí el pellejo.

Polilla, aguado, modelo de sobriedad, aprobó con la cabeza, sentencioso.

—Vamos á ver—insisto afectuosamente, engatusando al ratoncillo de biblioteca—todo eso está muy bien, y debo á doña Catalina profunda gratitud; pero, ¿á qué venía querer que yo entrase monja? Carranza y el pobre Roa, que en gloria esté, hicieron una campaña...

—¡No me hables! ¡Indigna! Estuve por enviar un comunicado á las *Dominicales*. ¡Tenebrosa conspiración! No ignoras que hice lo posible porque abortase; bien recordarás mis protestas, mis consejos.

—¿Á qué idea obedecería tal empeño, don Antón?

—¿A qué? ¡Inocente! ¿Y una muchacha tan superior como tú me lo pregunta? A fanatismo, á malicia negra. Quieren extinguir la fecundidad, el amor; su odio á la vida toma esa forma.

—El caso es, D. Antón, que ahora Carranza me aconseja que me case.

—Negocio verá en ello. Que si no...

—¿Y qué negocio pudo ver en mi monjío?

—¡Dale, hija! Fanatismo brutal. Inquisición pura.

—Creo que tiene usted razón—asentí—. Y en lo de ahora, ya vivirá prevenida. Pero usted, reservadamente, me auxiliará con sus advertencias.

—Haré algo más... Tengo una idea... Una idea sublime.

¡Oh, inefable D. Antón! Ya no me haces falta. Tú, el hombre de los datos; el genio de la menudencia... sin enterarte, me has puesto en las manos la antorcha. Me has enseñado, buen

maestro, lo que no sabes. ¡Creía interpretar tus guiños, como clave de la verdad que ibas á descubrirme, ahora que ya no importa que yo la sepa; y los guiños no significaban sino el inofensivo desahogo de tu prevención contra Carranza, á quien no he de guardar rencor alguno por haber salvado la honra de mi madre!

Sí; ahora ni un sólo hilo me falta; el pasado sale de su penumbra silenciosa y se acerca á mí, evocado por los hechos que me relató don Antón, y son ciertos, pero significan enteramente lo contrario de lo que él entiende... ¡Mi desprecio hacia los hechos, mi gran desprecio idealista, qué bien fundado! El hecho es cáscara, es envoltura de la almendra amarga de la verdad... El hecho vive porque nosotros, con la fantasía, le vestimos de carne y sangre... El hecho es la tecla; hay que pulsarlo... Ahora poseo la historia, si se quiere la novela, construida completamente...

Desfilan sus capítulos. Catalina Mascareñas y Genaro Farnesio, jóvenes, criándose juntos, jugando juntos en la casa. Genaro, como chiquillo listo, que sobresale de la domesticidad, Catalina, hija de padre viudo, un poco abandonada á sí misma, descuidada en la edad en que el corazón se forma y los sentimientos despuntan. Un amorcillo nace, y se delata, imprudente. El padre toma el mejor partido: buscándole decentes colocaciones, envía al muchacho fuera, lejos de Madrid. Le protege; vería con gusto que se casase. Entretanto, busca un buen novio para su hija. Catalina se

une al Sr. de Céspedes. Probablemente no se casa á disgusto. Catalina es muy pasiva y acepta la vida, en vez de crearla. Vegeta satisfecha entre el esposo y el hijo. El marido muere; la señora se encuentra libre, sin saber qué hacer de su libertad, con los asuntos embrollados y mucha hacienda. Un cariño tranquilo, un recuerdo grato, han sustituido al antiguo amor; Farnesio la escribe un pésame; contesta afectuosa, deplorando á un tiempo la viudez y el peso de tanto negocio, la imposibilidad de fiarse en nadie; Farnesio replica ofreciendo su lealtad; á los pocos días está al frente de la casa, la dirige con absoluta probidad, con un celo de hermano. Es el útil, es el indispensable. La señora saborea la dicha de no tener que ocuparse de nada; Farnesio aquí, Farnesio allá... La presencia, continua; la confianza, omnimoda... Hay horas de soledad, frente á frente... La buena posición de doña Catalina atrae pretendientes; pero Farnesio, hábilmente, los aleja, los desconceptúa... Y sucede lo que tenía que suceder, y también algo presumible, siempre imprevisto; comprometida ya la señora, Farnesio no quiere saltar el peldaño, al contrario, desea por hidalguía, por abnegación, seguir siendo el inferior, el dependiente, el que en la sombra vela por una dama y una estirpe. La idea del matrimonio, que no hubiese sido antipática á la pasiva doña Catalina, él la rechaza reiteradamente, definitivamente; no rebajará á la mujer amada (el amor ya lo había olfateado yo en aquel dolor silencioso, pro-

fundo, en presencia del cadáver), no la hará avengonzarse ante su hijo, no suscitará la menor complicación para el porvenir. El altar de la honra y del decoro pide una víctima; la víctima seré yo. Se me buscan padres, es decir, padre, porque mi supuesta madre sucumbe al dar á luz á una niña, que habrá vivido algunas horas. Con dinero é influencia se arregla todo. Se aleja de mí á mi padre, no sólo para que no sea indiscreto, sino para no exponerme á las contingencias de su vida desordenada. Se le prohíbe, á ese pariente pobre y vicioso, que se vuelva á casar, para evitar que otra persona entre en el secreto, para ahorrarme madrastra. Mi padre apócrifo también ignora que yo sea cosa de doña Catalina. Supone acaso una aventurilla de Farnesio. El misterio se ha espesado por todos lados. La bala perdida se dirige á Filipinas... Allí hará su vida de costumbre... Reflexiono. Cuando la pasión aguija, ¿se retrocede?... ¡No! El clima de Filipinas es mortífero para sujetos como mi padre...

A mí se me inculca la idea monástica. El único que está en el secreto ¿total? ¿parcial? es Carranza, y Carranza guarda la clave. Se trabaja, se prepara el terreno... Desde un convento no podré yo nunca afrentar á doña Catalina. Se me contenta con una pensión escasa, para que viva obscuramente, no me salgan galanes y me sea más fácil renunciar á un mundo en que hasta sufro privaciones.

Me resisto. Hay en mí fuerza, nervio, voluntad. Muere Diego. Entonces cesa la catequiza-

ción... Sobreviene la larga enfermedad de doña Catalina. No quiere emociones; la horroriza verme; soy, ahora que distingue las cosas á la luz poniente de la vejez, su remordimiento, su caída... Y D. Genaro me mantiene alejada, pero trabaja, siempre en la penumbra, para asegurarme la fortuna que él ha acrecentado. ¡Y lo consigue!—Nada ignoro ya de lo que me concierne. El conflicto interior, prontamente lo soluciono. Me quedo con mis *padres oficiales*. Si lo fuesen realmente, por serlo; y si no, por cooperar á esta superchería bien urdida. Es más cómodo, es más decoroso para mí aceptar la versión que me dan hecha. Y encuentro singular placer en reconocermene incapaz de sentimentalismos previstos y escénicos; de representar uno de esos melodramas en que se grita: «¡Hija! ¡Padre!» y se mezclan las lágrimas y los brazos. ¿Me han querido á mí de este modo, por ventura? No; me han impuesto el secreto, el silencio, la mentira. La mentira no es antiestética. Me conviene. Dueña de la verdad, encierro esta espada desnuda en un armario de hierro y arrojó la llave al pozo. Farnesio será toda la vida mi apoderado general; le trataré con extrema consideración, pero desde mi sitio, y, por medio de matices, conservaré la distancia que él ha querido que existiese..

—Un millón de gracias, amigo Polilla... Voy á ver si encuentro fotografías de papá y mamá, para encargar al mejor retratista dos lienzos. Quiero tenerlos en mi salón.

—¡Es muy justo! No comprendo—aquí que hablamos sin hipocresía—más religión que la de los antepasados. La moral del gran Confucio, que en eso se basa...

Le dí cuerda, y me sirvió una menestra de descreencias candidas, fundadas en que Josué no pudo parar el sol, en que la Inquisición tostó á mucha gente, y en que—éste era su caballo de batalla—los cuerpos de los niños mártires Justo y Pastor, no se descubrieron porque tuviese revelación el Obispo Asturio, sino por la tradición que sostuvieron los versos de Prudencio y San Paulino. «He allegado pruebas—, repetía —, y echaré abajo esa ridícula fábula. Ya verán lo que es depurar los hechos hasta las semínimas. ¡Llevo escritas trescientas veinte cuartillas! ¡Me he remontado á las fuentes!»



III

Los procos.

I

EPISODIO SOÑADO

Volví de Alcalá con una venda menos en los ojos del alma. El caudal de la experiencia parece completo y siempre es menguado. La sospecha, al confirmarse, nos deja un peso que satura eternamente nuestras horas. Si se conociese la historia íntima de cada persona, ¡qué de acíbares!

La herida me sangra hacia dentro. Me acuerdo de mi madre, negándome no ya su compañía, sino una caricia, un abrazo; empujándome á un claustro por evitarse rubores en la arrugada frente... ¡Miseria todo! Una necesidad de ilusión, de idealismo inmenso, surge en mi. ¡Azucenas, azucenas! Porque me asfixio con los vapores de la tierra removida, del craso terruño del cementerio, en que se pudre lo pasado.

¿Dónde habrá azucenas...? Donde lo hay todo... En nosotros mismos está, clausurado y recóndito, el jardín virginal. Un amor que yo